

poderosa con que podía herir en lo sucesivo, y aun alcanzar tal vez el fin que anhelaba con toda el alma.

Vió que no era aquella la ocasión oportuna para triunfar; pero no desesperó de que se presentaría otra más favorable para dar cima a su deseo.

Conoció que había estado demasiado exigente, y que el corazón de la mujer no se gana por la violencia ni las amenazas, sino por la dulzura y la generosidad, cuando ésta se puede ejercer renunciando a cualquier prenda que pueda comprometerlo y perjudicarlo.

Halagado por este pensamiento, lo abrazó en el acto.

Creyó que era más prudente esperar, y se propuso esperar.

Una vez tomada esta resolución como la más prudente, dió á su fisonomía toda la dulzura que le fué posible, desarrugó el entrecejo, guardó en el bolsillo la carta, y dijo con acento blando:

—Quien ama como yo amo, nunca podrá resolverse a labrar la desgracia de la mujer que adora, por más que ésta le desprecie y pisotee su corazón. Si en un arrebato de celos y de exasperación pude amenazarla a usted con la presentación de una carta que compromete su dicha, desde ahora renuncio a las ventajas que pudiera proporcionarme ese documento. Conozco que he obrado con imprudencia, pero merece disculpa mi incalificable proceder, porque reconoce por origen la exaltación de los celos, nacida del inmenso amor que profeso a usted. Espero, pues, me perdonará usted mi ofensiva amenaza, y que no condenará usted a sufrir su justo resentimiento a quien moriría de pena si no llevase su perdón.

—Si antes me juzgué ofendida, ahora me considero deudora de una acción que le enaltece a usted a mis ojos.

Willey concibió una esperanza para lo futuro.

—Es usted un ángel de hermosura y de bondad.

El doctor iba a seguir expresando su reconocimiento, cuando se escuchó el ruido de pasos de alguno que se acercaba lentamente, como si temiese ser sentido.

—¿No oye usted?...—dijo Willey, aplicando el oído hacia el sitio por donde parecía que se acercaba alguno, y pintándose en su rostro el temor y la inquietud.

—¡Sí!... ¡Estoy perdida!...—exclamó Elisa, poniéndose pálida como un difunto—. Son los pasos de mi esposo...; ha despertado, nos ha oído hablar sin duda, y se dirige hacia aquí.

—Y ¿qué hacer?...—dijo el doctor sobresaltado.

—¡Huya usted, huya usted, por Dios, antes de que le vea!

Willey iba a obedecer, cuando se presentó en la puerta Diego, envuelto en una de las sábanas de la cama, descalzo, armado de una pistola que siempre conservaba junto a su lecho, y fijando en ellos sus brillantes ojos.

Elisa, al verle, sintió helársele la sangre, y cayó al suelo sin sentido.

El esposo avanzó lentamente hacia ella, siempre con la pistola en la mano, que entonces preparó.

El doctor logró entonces quedar a su espalda, y aprovechando aquella coyuntura favorable, salió corriendo de la pieza, abrió con mano temblorosa la puerta del corredor, y logró ponerse en la calle, al mismo tiempo que se oyó la detonación de un arma de fuego dentro de la casa que acababa de abandonar.

CAPITULO XI

Sembrar para cosechar

En una elegante pieza, pintada con exquisito gusto, se ve a una hermosa joven sentada en un precioso sillón de primorosa hechura, envuelta en una airosa bata azul celeste de finísimo crespón, símbolo de la dulzura de su alma, con la cabeza inclinada tristemente, y fijos los hermosos ojos en unos pequeños, pero delicados cuadros de plantas y vistosas flores, hechos al óleo, que en dorados marcos se ostentan, colocados con gracioso orden, en la adornada pared.

En su fisonomía angélica, blanca como el lirio de los valles y apacible como la de la «Virgen de la Silla», del célebre Rafael, se deja percibir una ligera sombra de suave melancolía, que da a su ovalado y hechicero rostro una dulzura celestial de irresistible atractivo, un encanto indefinible que conmueve tiernamente el corazón, bañándole de un deleite balsámico que le hace presentir los goces de una felicidad desconocida.

En su poética y majestuosa cabeza, velada por una abundante y ondulosa cabellera, que en caprichoso peinado cae sobre su alabastrina garganta, lleva prendida, con descuidada elegancia, una hermosa azucena blanca, símbolo de la pureza y del candor de un alma virgen y sin mancilla.

En sus pequeñas y torneadas manos, blancas como la nieve

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. 61
CATEDRA DE HISTORIA

que desciende en esponjados copos, y finas como las suaves plumas del cisne, sostiene un marchito narciso, que acerca con frecuencia a sus labios, dejando caer en sus agostadas hojas una que otra lágrima que se desprende como brillante rocío de sus celestiales ojos.

Enfrente del hermoso sillón que ocupa, se descubre un magnífico tocador de caoba, de exquisitas labores y delicados relieves, debidos al delicado cincel de inteligente artista, donde ostenta su limpia luna un precioso espejo de cuerpo entero, cuyo marco dorado es de un trabajo artístico incomparable.

En el frente y a los lados de este regio espejo, se ven abrellantados pomos de cristal preciosamente adornados; exquisitas figuritas de fina loza de China, representando diversas figuras de animales, esmaltadas cajitas y otra multitud de caprichosos juguetes, llenos de aromáticas esencias y exquisitas pomadas unos y otros con cuanto la moda y el más refinado buen gusto han inventado para realzar los hechizos naturales del sexo encantador.

Una mullida alfombra azul, con grandes flores blancas y amarillas, cubría el terso pavimento, guardando perfecta armonía con las ricas sillas que adornaban la pieza y con las flofantes cortinas que velaban, una, la puerta vidriera que comunicaba con la sala, y la otra la del elegante dormitorio de la joven que nos ocupa.

Delicados floreros, sobre preciosas rinconeras de una madera aromática, cubrían los ángulos de aquel regio retrete, que parecía construido por las hadas.

Todo ostentaba riqueza y abundancia; por todas partes reinaba el lujo y el buen gusto; cuanto allí se veía respiraba esplendor y magnificencia.

¿Por qué, pues, en medio de aquel oasis maravilloso y deslumbrante, permanece melancólica y abatida aquella hermosa mujer, a quien la tierra le brinda sus más ricos tesoros? ¿Por qué de todo cuanto le rodea, sólo le llama su atención y parece tener atractivo para su alma el marchito narciso que acerca a sus preciosos labios, y los cuadros de flores pintados al óleo, que cuelgan de la pared? ¿Por qué, cuando todo lo que la rodea le convida a la alegría y al placer, sólo hay lágrimas en sus ojos?

¿Es posible que las riquezas y el fausto, por cuya adquisición el hombre sacrifica los más bellos días de su existencia, creyendo encontrar en ellas la felicidad, no tengan la virtud que en su constante delirio les atribuye?

¡Ah!... Sí; el oro y los tesoros pueden encubrir las miserias

del cuerpo, saciar sus necesidades; pero nunca serán la medicina del alma que padece, ni substituirán al amoroso sentimiento del corazón.

Y esto se veía patentemente en la bella criatura que ocasiona estas líneas.

Era hermosa como Dafne al inflamar el pecho del hijo de Latona; rica hasta donde puede aspirar un corazón noble y generoso; y, sin embargo, sus ojos estaban humedecidos por brillantes lágrimas que, rodando por sus delicados párpados, iban a mojar las secas hojas del narciso, que absorbía todas sus potencias.

—Tú me dices que es mi esclavo, hermosa flor, que me acompaña desde el último día que tuve la dicha de estar a su lado—exclamó la joven besando con delirio el narciso—; tú me pides que ame a él sólo, como él me ama!... ¡Ah!... Sí; flor querida. Si algún día llega a verte, podrás decirle todo lo que padezco por su amor; las lágrimas que su recuerdo y mi desventura me arrancan... Podrás decirle que constantemente te he llevado en mi corazón..., que ni un solo instante me he olvidado de él..., de él, que es mi vida, mi pensamiento, mi esperanza y el bello ideal de mis ensueños de felicidad..., que mis labios no saben pronunciar otro nombre que el de Leopoldo..., que mi pensamiento le mira en todas partes..., que su nombre se mezcla en todas mis palabras..., ¡que le amo, en fin, que le amo!...

Y la hermosa joven estrechó contra su amoroso pecho la marchita flor que estaba humedecida por sus lágrimas.

Poco después se levantó lánguidamente del rico sillón que ocupaba; llevó a sus ojos un blanco y finísimo pañuelo bordado de Cambray, y se dirigió silenciosa, con modesto ademán y decoroso porte, hacia el sitio en que se veían las exquisitas plantas y flores pintadas al óleo.

Allí fijó la vista con emoción profunda en la planta perenne del «acanto», con diestro pincel dibujada, y su fisonomía resplandeció con una mezcla de placer y de tristeza, que sólo es dado comprender a las almas dotadas de una exquisita sensibilidad.

Aquellos cuadros eran obra del objeto que imperaba en su corazón; eran cuadros admirables, debidos al diestro pincel de Leopoldo, del hombre que amaba como a su propia vida. ¡Qué extraño es, pues, que se extasiase contemplándolos!...

Y si tanto poder ejercen en nuestra alma los mudos objetos que en prueba de amor hemos recibido de la persona amada, ¿cuánto no lo ejercerán aquellos que están expresan-

do con lenguaje expresivo y tierno los recónditos sentimientos del corazón?...

Clotilde contemplaba el «acanto» con la delicia sin límites con que contempla el sér que ama, los tiernos caracteres del objeto amado; aquel apacible «acanto» representaba: «lazos indisolubles, el matrimonio, una firme y constante amistad». ¿Qué idioma más dulce, qué expresiones más firmes, qué juramentos más gratos a su corazón henchido de amor?...

—Sí—exclamó con voz conmovida y sonora—; seré tuya o de ninguno.

En seguida fijó sus divinos ojos en otro cuadro que contenía un ramito de alhelies de color de mahón y de flores de guindo.

—¡Pobre Leopoldo!—continuó—. Me dice que me acuerde de él, ¡que no le olvide!... ¿Cómo olvidar lo que constituye nuestra existencia y nuestra felicidad; lo que nos alienta y nos ilumina?... ¡Para olvidarte sería preciso que antes me arrancasen el corazón, donde vives!...

Y la joven siguió contemplando con la misma ternura y con el mismo sentimiento amoroso los otros cuadros que completaban la colección que a todas horas le hablaba a su alma.

Allí estaba la «onobrica oscilante», que indica la «agitación del alma»; esa planta, cuyo movimiento es uno de los más singulares fenómenos de la botánica, cuya opela-final es inmóvil y las otras dos más pequeñas están en continua agitación.

Junto a esta pintura, perfectamente acabada, se veían, en otro lienzo las vistosas «lilas», que indican «la primera emoción de amor», y que fué el primer cuadro que Leopoldo se atrevió a enviarla.

Al lado de él se admiraba otro representando un ramito de flores de hierba entre verde musgo, que indicaban el «amor constante»; aquí, la «flor del pensamiento», diciendo: «os adoro como a un serafín»; más allá, esa planta medicinal, llamada «gamos», expresando esta amorosa idea: «mi amor os seguirá hasta el sepulcro»; y por todas partes el «tulipán», que es «declaración de amor»; la «caléndula», indicando las «penas del alma», y el «heliotropo», pronunciando este concepto: «os amo más que a mí mismo».

Clotilde exhaló un suspiro con los recuerdos que despertaban en ella aquellos fieles intérpretes del corazón de su amante, que le hablaban a todas horas del fiel objeto que idolatraba; sus ojos se llenaron de lágrimas, que brotaba el

corazón gratamente oprimido, y volvió a sentarse, llevando a sus labios el marchito narciso que recibió de Leopoldo en aquella memorable mañana que apoyada en su brazo se paseó por las floríferas huertas del Cabrío.

Tiernamente sumergida en estos dulces pensamientos, apoyó su seductora cabeza en su blanca mano, cuyo codo descansaba sobre el brazo derecho del sillón, y quedó en éxtasis delicioso, fijos los ojos en aquella flor, que para ella envolvía una historia de inefables delicias y de amorosos juramentos.

En aquel momento giró suavemente, y sin ruido, la puerta que comunicaba con la sala; las flotantes cortinas que la velaban se separaron, y una hermosa mujer apareció en medio de ellas, como el numen de la beneficencia y de la piedad, velando el dolor y la virtud.

Clotilde no advirtió la bella aparición que la observaba con un cariño y un interés intensos.

La mujer, después de un momento de silencio, dejó caer las cortinas y se acercó con majestuoso paso a la joven.

—¿Estás mala, hija mía?—dijo Inés con cariñoso acento, colocando su mano en el respaldo del sillón e inclinando la cabeza hacia Clotilde.

Al escuchar aquella voz, la joven alzó el rostro, dejó la actitud melancólica en que había permanecido, alargó la mano a su protectora, y contestó con acento suave:

—No, madre mía.

—Y, sin embargo, estás triste y pálida.

—Ya sabe usted que mi corazón padece.

—Y ¿por qué te encierras siempre en esta pieza y pasas en ella todo el día entregada a ideas melancólicas que van destruyendo tu salud? ¿No sería mejor que tratases de buscar distracción a tus pesares?

—¡Es tan dulce la soledad para el que sufre!... ¡Tan grata la tristeza que nace de los recuerdos!... Usted, que como yo, ha amado, y que como yo, ha sufrido, debe conocer todo el valor que encierra ese grato dolor que oprime el corazón de una manera indefinible haciéndole verter celestiales lágrimas, en cuyas brillantes gotas ven retratada los ojos la imagen del sér que se ama.

—Sí, hija mía, sí; lo sé, y no quiero privarte de ese placer..., por eso muchas veces te dejo sola para que llores, para que desahogue en lágrimas el pecho la pena que le oprime y le atribula.

—¡Cuán buena es usted, madre mía!

—¿No he amado yo también?... ¿No conservo todavía un

recuerdo al hombre que amé?... Pero desde que terminó la temporada de San Angel y estamos en México, hace ya dos meses, no has salido más que a misa, y temo que la falta de aire puro te enferme.

—¡Sí, hace dos meses!... Hace dos meses que mi padre le quitó toda esperanza..., y desde entonces...

—Desde entonces no le ves, ¿no es esto?

—Sin duda.

—Hace mucho más que yo no veo al hombre que yo amé —dijo Inés profundamente conmovida—; y, sin embargo, contengo mis quejas y mis lágrimas.

—Sí; las contiene usted delante de esa sociedad que no comprende nuestros males, para ir a verterlas en el retiro de su cuarto y en el silencio de la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cree usted que mi tierno y agradecido corazón no lee a todas horas en el suyo?... ¿Cree usted que al retirarme a mi alcoba, que está contigua a la suya, no escucha mi oído los ayes que exhala su afligido corazón?...

—¡Para qué lo he de negar!... Sí, hija mía; en el retiro y en el silencio de la noche derramo el llanto que he contenido de día bajo un exterior alegre y risueño... La criatura que se ve precisada a vivir en sociedad, tiene que tener dos caras, como el Jano de la fábula: una, afable, dulce y tranquila, para ocultar al mundo sus dolores, y otra que esté en relación con su alma, para desahogar a solas los pesares que la matan.

—¡Cuán cierto es lo que dice usted, madre mía!...

—Pero no te aflijas por esta ausencia; ¿quién sabe si estará ocupado en buscar al hombre que le prometió vindicar la conducta de su desgraciado padre?...

—No; el hombre dueño de ese secreto, de quien ya he hablado a usted otras veces, era un mendigo que murió la noche en que dejamos de asistir al baile.

—Pero, ¿no habrá otro que sepa ese misterio?

—Creo que no, madre mía.

—Pues entonces...

—Conozco su delicadeza; temerá ofender al hombre que me sirve de padre, a quien debo todo, y ésta será la causa que le obligue a no pasar por la calle en que vivo.

—Y ¿si fuese una enfermedad?

Clotilde se estremeció en la silla.

—¡Una enfermedad!...—exclamó alarmada con aquellas palabras—. ¿Sabe usted algo, madre mía?... ¿Está enfermo?... No me oculte usted la verdad.

—No, nada sé; era únicamente una suposición.

—¿No me engaña usted?

—No.

—¡Ah!... Y, sin embargo, lo que hace un instante no pasaba ni por mi imaginación, ahora es lo que me parece más probable... ¡Si estuviese enfermo!... ¡Si el tifo!...

Y la joven quedó aterrada, pálida como la muerte, con aquel funesto pensamiento.

La terrible enfermedad estaba haciendo estragos.

Hacía pocos días que una amiga suya, próxima a enlazarse con el hombre que amaba, había muerto, causando la muerte del sér que idolatraba, y esto la inquietó sobremanera. He aquí el pasaje que se fijó en su mente:

Los dos amantes se habían citado para verse a la hora de misa en el panteón de San Fernando el domingo siguiente. El joven acudió al sitio convenido, a la hora citada; el panteón estaba solo y esperó a que llegase su amada. Inquieto al ver que transcurría el tiempo sin que ella se presentase, se puso a leer los epitafios para hacer menos pesada la espera. De repente fijó la vista en un sepulcro, cuya lápida contenía el mismo nombre de la mujer que amaba. El amante se puso pálido como un cadáver, y un sudor frío bañó su frente y su cuerpo; se creyó dominado por una horrible pesadilla; luego trató de serenarse admitiendo la idea de que podía ser otra mujer que llevase el nombre de su idolatrado objeto; pero inquieto siempre, y tratando de averiguar la verdad para salir de la penosa incertidumbre que le agitaba, llamó al sepulturero para saber a punto fijo lo que deseaba, y temía a la vez.

—¿Cuándo enterraron a esta joven?

—Hace tres días.

—¿Quién era?

El sepulturero pronunció el nombre que contenía la lápida, y que a pesar de haberlo leído, hizo estremecer al que hacía la pregunta.

—¿De qué murió?

—Del tifo.

Las facciones del joven tomaron un aspecto terrible.

—¿Dónde vivía?—dijo temblando y sintiendo en el nacimiento del pelo como si éste se le erizara.

—En la calle de Mesones.

El joven se puso blanco como un papel, dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

Pocos días después se colocaba su cuerpo en otra tumba, junto a la de su amada.

La sorpresa le había provocado una horrible calentura, que se desarrolló en tifo, y éste le había causado la muerte.

Clotilde tembló con el recuerdo de este reciente suceso. ¿No podía Leopoldo ser víctima de aquella violenta enfermedad que diezaba la población?

Inés trató de calmar su espíritu.

Por fortuna el ruido de pasos producidos por alguno que se paseaba en la sala vino a sacarlas de sus pensamientos.

—¿No oye usted pasos, mamá?

—En efecto; ¿quién podrá ser?... Nadie había en casa.

De repente dejaron de pasearse; en seguida se oyó el golpe como de un cuerpo que se deja caer en una silla, y se escuchó un ahogado suspiro, que indicaba la honda aflicción del que lo había lanzado.

—Parece que es mi protector—dijo Clotilde, alzándose asustada del sillón.

—¿Qué le habrá pasado?—replicó Inés, temiendo que le hubiese sobrevenido alguna desgracia.

Y ambas, como impulsadas por un mismo pensamiento, y de idéntico temor, se dirigieron, sin meter ruido, a colocarse detrás de la vidriera que daba a la sala.

—Sí; es don Emilio—dijo Clotilde en voz baja, mirando por entre la cortina y sin ser vista—; está pálido y pensativo.

—¡Dios mío!... ¡Si le habrá sucedido la desgracia que hace tiempo estoy temiendo!—contestó Inés sobresaltada y mirando también hacia la sala.

—¿Cuál?

—Que se haya arruinado en el juego.

—No, no; imposible.

—¿No has notado en su semblante, hace algunos días, la tristeza y el dolor, a pesar de los esfuerzos por aparecer alegre como en otro tiempo?

—Creí que fuese preocupación mía.

—Yo le he sentido de noche, después de las altas horas a que llega, pasearse agitado por su cuarto, pronunciar algunas palabras que me han helado la sangre, y dar fuertes golpes sobre la mesa, como quien se encuentra desesperado.

—¡Ah!... Duval... ¡Duval es el autor de sus males y de los míos!...

—No hables tan alto, hija mía, que puede oírnos.

—¿No lo ve usted qué abatido está?...

—¡Demasiado!... Pero ya se levanta... Observemos.

Don Emilio se levantó de la silla sobre la que se había arrojado; se secó el sudor que bañaba su rostro, pálido y cadavérico; pasó la mano por el cabello, con la inquietud del que padece; miró con ojos desencajados hacia todas partes, como temeroso de que alguien le observase; su semblante cobró un aspecto sombrío y terrible, pronunció algunas palabras siniestras, y se dirigió a la mesa redonda que estaba en medio de la sala; allí abrió un cajoncito secreto, sacó de él tintero y papel, volvió a dirigir la vista a ver si le observaban, y se sentó a escribir con mano convulsa y corazón inquieto.

—Tal vez es alguna mala noticia que ha recibido de la hacienda—exclamó Clotilde, más tranquila al verle escribir.

—Dios lo quiera—contestó Inés, participando algo de aquella idea—. Pero puede ser muy bien, porque no comprendo que la carta pueda tener un objeto como el que presumí al principio..., y, sin embargo...

—No abrigue usted ningún temor; verá usted como es lo que yo digo.

Y ambas volvieron a guardar silencio y a mirar atentamente ocultas detrás de la vidriera y protegidas por la cortina.

Don Emilio acabó de escribir; cerró la carta agitadamente; la guardó en el bolsillo; colocó el tintero en el cajón de donde lo había sacado; tomó de él una pistola de seis tiros, y se puso a revisarla.

Al tocar el arma, sus facciones se demudaron, su semblante aumentó notablemente su palidez, sus facciones se contrajeron por algún funesto pensamiento que le dominaba y sus ojos destellaban en su brillante mirada la luz del espanto y del terror.

Inés y Clotilde temblaron como la tímida gacela al presentir la tempestad.

—¡Se irá a matar!—dijo la joven estremeciéndose todos sus miembros como al contacto de una máquina eléctrica.

—¡Matarse!...—exclamó aterrada Inés.

—Está en corriente—murmuró entre dientes don Emilio, después de revisar el instrumento de muerte; luego cogió el sombrero, que estaba sobre una silla, paseó tristemente su mirada por todos los objetos que le rodeaban, como aquel que se despide para siempre de los seres que ama, y se dispuso a salir.

Inés y Clotilde recelando una desgracia, iban a impedir su paso; pero se detuvieron al ver presentarse en la sala a Duval.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L. I.
CASTILLA LEONESA

Don Emilio, al verle, guardó la pistola en el bolsillo prontamente; pero por ligero que anduvo para conseguirlo, no pudo evitar que el personaje que entraba advirtiese algo.

—¿A dónde iba usted, don Emilio?—le preguntó Duval, tendiéndole la mano y obligándole a detenerse.

—A un asunto importante—contestó inquieto don Emilio.

—¿Quiere usted que le acompañe?

—No, mil gracias; es un negocio reservado...

—Ya. Pero, ¿no pudiera usted dejarlo para después? Precisamente venía a hablarle a usted de un negocio.

—Disimúleme usted, señor Duval; pero en este momento no puede ser..., me están esperando y ha llegado la hora... Si usted tiene la bondad de esperarme o de volver...

—Pero qué, ¿tan preciso es el asunto?

—Y tanto, que de él depende mi tranquilidad.

—Me lo supuse desde que vi a usted salir de mi casa, y por lo mismo le he venido a usted siguiendo.

—¿Tiene usted algo que reclamarme?

—Nada.

—¿No está la escritura de cesión en toda forma?

—Sin duda.

—Pues, entonces...

—No me comprende usted.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—¿Qué es lo que quiero de usted?

—Sí; pero le ruego que sea pronto, porque me esperan, y la tardanza es la muerte.

—Al contrario, es la vida—dijo Duval, marcando mucho y con intención la última palabra.

—¿Cómo!... ¿Qué quiere usted decir?...—contestó algo desconcertado don Emilio.

—¿No lo adivina usted?

—No; y le pido por última vez que me diga usted a qué ha venido.

—A que no se mate usted.

—¿A que no me mate?—dijo sorprendido don Emilio.

—Sí—contestó Duval con firmeza—; a eso he venido, a que no se mate usted.

—Pero, ¿quién le ha dicho a usted que yo meditaba un suicidio?

—Yo, que lo sé.

Inés y Clotilde se estremecieron de horror, haciendo oscilar con sus movimientos la cortina tras la cual se ocultaban. Duval advirtió aquel movimiento; conoció por él, que la

joven y su protectora le escuchaban, y brilló en sus ojos la alegría.

—¿Usted?

—Sí, señor, yo.

—Está usted equivocado.

—¿Para qué negarlo?... Aquí nadie nos oye; ¿no soy su amigo de usted?

—¡Mi amigo!...—dijo con tristeza don Emilio.

—Sí, señor; su amigo, y su amigo verdadero; y vengo precisamente con el objeto de darle a usted una prueba de ello.

—No comprendo.

Duval dirigió al soslayo una mirada hacia la puerta en que escuchaban las dos mujeres, para cerciorarse de que le oían. Se había propuesto, antes de dar aquel paso, usar de un rasgo de generosidad estudiada para ganar el corazón de Clotilde, venciendo de aquella manera el afortunado rival que odiaba, y la fortuna parecía que secundaba su deseo, conduciendo a la joven al sitio donde pudiera presenciar su noble despendimiento.

—¿Es ésta la escritura—dijo Duval, sacando un papel que llevaba—, por la cual me hace usted dueño de la hacienda que hasta hoy fué suya, de la casa de San Angel y de ésta en que habita usted?

—¡Todo lo ha perdido!...—exclamó Inés en voz baja, dirigiéndose a Clotilde, perdiendo el color y apoyándose en una silla para no caer—. ¡Estamos en la miseria!...

Don Emilio fijó los ojos en el papel que le mostraba su interlocutor, y contestó:

—La misma; ¿por qué me lo pregunta usted?

—¿No lo adivina usted?

—No.

—¿No le he dicho a usted que venía a darle una prueba de que soy su amigo verdadero?

—Sí, señor.

—Pues, para dársela, necesito primero que usted me empuñe su palabra de aceptarla y no desairarme.

—¡Pues qué! ¿Se exige de mí algo que pueda herir en lo más mínimo mi delicadeza, cuando teme usted que no la admita?

—Repito que es una prueba de amistad, y la amistad jamás se asocia con un pensamiento innoble.

—Siendo así, doy mi palabra.

—Usted ha perdido una tras otra todas sus riquezas.

—Es cierto.

—Esas riquezas las ha perdido usted en mi casa.

—Es cierto.
 —Nadie, más que yo, sabe que nada posee usted.
 —Es verdad.
 —Ninguno, tampoco, está enterado de que existe una escritura que me hace dueño de sus bienes.
 —Ninguno.

—Luego, si esta escritura vuelve a poder de usted por voluntad de su legítimo dueño, de un verdadero amigo, usted vuelve a poseer cuanto la contraria suerte le ha quitado, sin que haya quien sepa jamás que usted ha tenido la bondad de no rehusar el obsequio de un amigo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que le devuelvo a usted esta escritura, que la recibí sólo porque usted se empeñó en ello; quiero decir, que un amigo no puede ver la desgracia de otro amigo, ni la ruina de su apreciable familia; que la hacienda, la casa de San Angel y ésta en que estamos, vuelven a ser de usted desde este instante.

—¡Oh!... Ese rasgo de generosidad me asombra—exclamó don Emilio, estrechando la mano de su interlocutor—. Pero por mucho que yo le agradezca el favor que trata de dispensarme, no lo puedo admitir jamás.

—¿Faltará usted a la promesa que me ha hecho?... ¿A su palabra empeñada?...

—Pero...

—Veo que es preciso que yo venza esos escrúpulos, haciendo que desaparezca este documento—dijo Duval, rompiendo la escritura—. Ahora, nada me debe usted.

Inés y Clotilde se miraron asombradas.

—Aunque el papel haya desaparecido—dijo don Emilio, cada vez más admirado del desinterés de aquel hombre—, por una acción que le enaltece a usted a mis ojos y le coloca en una esfera muy superior a la de todos los demás hombres, en mi conciencia queda grabada esa deuda, que la reconozco, y que la pagaré religiosamente algún día.

—Cuando usted quiera, amigo mío; por mi parte, nunca se la cobraré.

—Confieso que estaba muy lejos de conocer el fondo de ese corazón generoso—exclamó don Emilio, estrechando de nuevo y con más fuerza la mano de Duval—; y que no sé cómo corresponder a una acción que jamás se borrará de mi memoria.

—Yo sé cómo me la puede usted pagar.

—¿Cómo?... Hable usted.

—No diciendo ni a Clotilde ni a Inés nada de lo que ha pasado.

Estas palabras acabaron de cautivar a don Emilio, y de llenar de asombro y de admiración a las dos hermosas que escuchaban.

Ellas, lo mismo que don Emilio, atribuyeron a un rasgo de delicadeza lo que no era más que una acción premeditada; un golpe de hipocresía refinada con que había contado cautivar el corazón de la mujer cuya mano codiciaba.

Devolvía a don Emilio los bienes, porque estaba en la creencia de que aquel paso le abriría el camino para llegar hasta la posesión de la amada joven que, siendo la heredera absoluta de su protector, le llevaría al casarse, o al morir éste, los mismos intereses de que él se desprendía.

—Respetaré el deseo de usted—dijo don Emilio—, aunque me cueste un sacrificio.

—Sí; no quiero que se atribuya al amor, lo que es única y exclusivamente efecto de una desinteresada amistad.

—¡Ah!... ¡Cuán digno es usted de su mano! Quien tan generoso se muestra con un amigo, ¿qué no lo sería con una esposa idolatrada?

—¡Mi esposa ella!... ¡Ah!... Eso sería tocar en el miserable mundo las inefables delicias de la gloria, y yo no puedo lisonjearme de tener el mérito suficiente para aspirar a la dicha suprema de poseer un ángel...

—Sí, amigo mío; tiene usted mérito, y muy relevante; y Clotilde, estoy seguro, llegará por fin a hacerle justicia y se unirá a usted como el único hombre que puede labrar su felicidad.

Clotilde estrechó afligida la mano de Inés, que le correspondió con una dulce mirada de compasión y de ternura.

—Lo deseo como se desea la salvación eterna—exclamó con fervoroso acento Duval—; pero sin que para alcanzar ese bien inestimable se eche mano del rigor ni de la violencia.

—Clotilde, señor Duval, es una joven obediente, pura y virtuosa, y estoy cierto de que se complacerá en obsequiar mi deseo; y éste es, como ha sido y será siempre, el que se una a usted.

La joven se estremeció como el débil pajarillo al disparo de la escopeta.

Duval acarició la lisonjera idea del triunfo, y contestó con aire agradecido:

—Mil gracias; pero temo que Leopoldo...

—Leopoldo sabe que existe una causa muy poderosa que le prohíbe acercarse a Clotilde, y no será tan insensato que

reanude sus relaciones con ella, después de habérselo ya prohibido formalmente en la entrevista que tuve con él en San Angel.

—Bien, don Emilio; usted, como padre amoroso, conoce de qué lado está la felicidad de su querida hija.

—Le repito a usted que Clotilde será suya.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

Duval estrechó la mano de su interlocutor, y salió de la sala confiando en el triunfo; don Emilio recobró su alegría, se pintó en su rostro el placer más intenso; sacó del bolsillo la carta que pocos momentos antes había escrito; la rompió, arrojó por el balcón los pedazos de ella, y se empezó a pasear por la sala con aire satisfecho.

Clotilde miró afligida a su protectora; ésta le correspondió con otra mirada intensa de compasión.

—¡Madre mía!... ¡Madre mía!...—exclamó la joven arrojándose llorosa en los brazos de Inés, que la estrechó contra su pecho—. ¡Todo acabó para mí..., ya no hay esperanza!...

—Sí, sí; hay todavía; ten confianza, Clotilde—contestó Inés, cubriéndola de besos y caricias.

—¿En quién?

—En Dios—exclamó Inés, señalando al cielo con ardiente fe—, y en tu madre, en tu amiga, que nunca te abandonará.

CAPITULO XII

Escena de amores

Era Luz hermosa como una de esas bellas concepciones que brotan de la fecunda imaginación de los poetas; una mujer de contornos divinos, que realizaba las miríficas formas de esos angélicos seres que nos presenta deslumbrantes y aéreos la rica imaginación en nuestros más dulces y delicados ensueños.

Las candidas azucenas de los floridos valles de Anáhuac habían comunicado a su hechicero rostro la blancura de sus delicadas hojas; la flor del granado había desleído sus púrpuras tintas en sus frescos y rientes labios y en sus finísimas mejillas; el brillante oro de su patria vertió en su abundante y ondulado cabello, y en finísimas hebras, el precioso color que él rubicundo Apolo ostenta en su luciente

cabellera; el limpio cielo de la esplendente América fué a colocar en sus serenos ojos el claro azul de su apacible bóveda, y las brisas primaverales de los vergeles del Nuevo Mundo, llevaron a su boca virginal la celestial sonrisa de los ángeles. Su cuerpo, esbelto y flexible como el de la ligera Diana en medio de los bosques, estaba envuelto en una flotante bata blanca de finísimo linón, oprimiendo su estrecha y delicada cintura un precioso cinturón azul de fina seda, a quien las Gracias prestaron los hechizos y el irresistible poder que al misterioso cordón con que, risueñas y apacibles, engalanaron la sutil cintura de la hermosa Venus; su pie, breve y delicado como el de las graciosas Nereidas, estaba velado por un exquisito zapato blanco de raso, de primorosa hechura, y sus torneadas y pequeñas manos, blancas y suaves, como las de la bella escanciadora de los dioses, la seductora Hebe, numen de la Juventud, sostenían un lujoso libro, lujosamente empastado, que acababa de cerrar al ver asomarse en la puerta de la brillante sala a un joven de elegante porte y de interesante figura, alto, bien formado, de rostro varonil, suavemente moreno, de ojos negros, de mirar dulce y expresivo, frente espaciosa, ceja negra y arqueada, bigote bien cortado, larga perilla y lustroso cabello negro, con elegancia peinado.

—Buenos días, encantadora Luz—dijo el que acababa de entrar, dirigiéndose a la joven, y tendiéndole la mano con fina galantería.

—Te estaba esperando con impaciencia, querido Rafael—contestó Luz con suave tono, más blando que el canto de las sirenas—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el deseo de salvar a tu padre me roba muchas veces la felicidad de verte.

—Gracias, Rafael, gracias por los generosos esfuerzos que haces para que vuelva a nuestro lado.

—Y ¿cómo no hacerlos, cuando de su vuelta depende mi felicidad, mi dicha suprema, la posesión de tu mano, que es el único bien que ambiciono sobre la tierra?

Y Rafael estrechó entre las suyas la delicada mano de su amada, que le envió una de esas dulcísimas miradas, en que la mujer expresa bondadosa todo su cariño, toda su ternura, todos sus afectos, entero su amor...

—¡Qué dichosa soy al escucharte! Cada una de tus palabras es un raudal de celestial esencia, que inunda mi corazón de angélica ventura.

—Y, sin embargo, ellas no son sino un defectuoso intérprete de los íntimos sentimientos de mi alma.